

la ligera para México, porque así convenía á sus intereses.

Yo inmediatamente obedecí las órdenes de mi amo, y traté de ponerme en camino; pero no sabía la red que me tenía prevenida.

Esta fué la siguiente. En una de las ventas donde yo debía parar, tenía mi amo apostados dos ó tres bribones malintencionados, (que todo se compra con el oro), los cuales, sin poder yo prevenirlo, se me dieron por amigos, diciéndome iban á cumplimentarme de parte del marqués.

Yo los creí sincerísimamente, porque el hombre, mientras menos malicioso, es más fácil de ser engañado, y así me comuniqué con ellos sin reserva. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos, no perdiendo tiempo para su intriga, embriagaron á mis mozos, y á buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porción de tabaco, y se acostaron á dormir.

A otro día madrugamos todos para venirnos á la capital, á la que llegamos en el preciso día á marchas forzadas. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos á bajo precio.

Yo no hice alto en esto, pensando que mis camaradas iban á platicar con ellos, porque tal vez serían conocidos; y así con esta confianza llegamos á México y á la misma casa del marqués.

Luego que me apeé, mandó éste desaparejar las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil expresiones.

En vista de ellas, aunque ya tenía en el cuerpo las malas noticias de mi esposa, que había recibido en el camino, no pude excusarme de admitir sus obsequios, y aunque deseaba ir á verla al convento, me fué forzoso disimular y condescender con las instancias del marqués.

A pesar de la molestia y cansancio que me causó el camino, no pude dormir aquella noche, pensando en mi adorada Matilde, que este es el nombre de mi esposa; pero por fin amaneció y me vestí, esperando que despertara el marqués para salir de casa.

No tardó mucho en despertar; pero me dijo que en la misma mañana quería que concluyéramos las cuentas, porque tenía un crédito pendiente y deseaba saber con qué contaba de pronto para cubrirlo.

Como yo, aunque lo veía con tedio, no presumía que trataba de aprovechar aquellos momentos para perderme, y á más de esto, anhelaba también por entregarle su ancheta, y romper de una vez todas las cone-



xiones que me había acarreado su amistad, no me costó mucho trabajo darle gusto.

En efecto, comencé á manifestarle las cuentas, y á ese tiempo entraron en el gabinete dos ó tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupación, bien á mi pesar, que estaba demasiado violento por quitarme de la presencia de aquel pérfido; pero no fué dable, porque el pícaro, pretextando urbanidad y cariño, sacó al comedor á sus amigos sin dejarme separar de ellos; antes tratándome con demasiada familiaridad y expresión, y de esta suerte nos sentamos juntos á almorzar.

Aún no bien habíamos acabado, cuando entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo que esperaba en el patio con cuatro soldados.

—¿Soldados en mi casa? preguntó el marqués fingiendo sorprenderse. — Sí, señor, respondió el lacayo, soldados y guardas de la Aduana.—¡Válgate Dios! ¿Qué novedad será ésta? Vamos á salir del cuidado.

Diciendo esto, bajamos todos al patio, donde estaban los guardas y soldados. Saludaron á mi amo cortesmente, y el cabo ó superior de la comparsa le preguntó ¿quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro? El marqués contestó que yo, é inmediatamente me intimaron que me diese por preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados.

Considere usted el sobresalto que me ocuparía al verme preso, y sin saber el motivo de mi prisión; pero mucho más sofocado quedé cuando, preguntándolo el marqués, le dijeron que por contrabandista, y que, en achaque de géneros suyos, había pasado la noche antecedente una buena porción de tabaco entre los tercios, que aún debían estar en su bodega; que la denuncia era muy derecha, pues no menos venía que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco; por señas que los tercios más cargados eran los de la marca T., y por último, que de orden del señor director prevenían al señor marqués contestase sobre el particular y entregase el comiso.

El marqués, con la más pérfida simulación, decía: —Si no puede ser eso; sobre que este sujeto es demasiado hombre de bien, y en esta confianza le fío mis intereses sin más seguridad que su palabra, ¿cómo era posible que procediera con tanta bastardía que tratase de abochornarme y de perderse? ¡Vamos, que no me cabe en el juicio!

—Pues, señor, decían los guardas, aquí está el escribano que dará fe de lo que se halle en los tercios; registrémoslos y saldremos de la duda.

—Así será, dijo el marqués, y como lleno de cólera mandó pedir las llaves. Trajéronlas, abrieron la bodega, desliaron los tercios, y fueron encontrándolos casi rellenos de tabaco.



Entonces el marqués, revistiendo su cara de indignación, y echándome una mirada de rico enojado, me dijo:

—¡So bribón, trapacero, villano y mal agradecido! ¿Este es el pago que ha dado á mis favores? ¿Así se me corresponde la ciega é imprudente confianza que hice de él? ¿Así se recompensan mis servicios que en nada me los tenía merecidos? Y por fin, ¿así se retorna aquella generosidad con que le dí mi dinero para que él solo se aprovechara de sus utilidades, sin que conmigo partiera ni un ochavo, cosa que tiene pocos ejemplares? ¿No le bastaba al muy pícaro robarme y defraudarme, sino que trató de comprometer á un hombre de mi honor y de mi clase? Muy bien está que él pague el fraude hecho contra la Real Hacienda, bogando en una galera ó arrastrando una cadena en un presidio por diez años; pero á mí ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, á lo menos entre los que no saben la verdad del caso? Y ¿quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y lo aquilataré hasta lo último; pero ¿cómo resarciré mis intereses? Vamos, no calle, ni quiera hacerse ahora mosca muerta. Diga la verdad delante del escribano: ¿Yo lo mandé á comerciar en tabaco? ¿O tengo interés en este contrabando?

Yo me había estado callado á semejante inicua reprehensión, aturdido, no por mi culpa, que ninguna tenía,<sup>1</sup> sino por la sorpresa que me causó aquel hallazgo y por las injurias que escuchaba de la boca del marqués, no pude menos que romper el silencio á sus preguntas y confesar que él no tenía la más mínima parte en aquello, pero que ni yo tampoco; pues Dios sabía que ni pensamiento había tenido de emplear un real en tabaco. A esto se rieron todos, y después de emplazar al marqués para que contestara, cargaron con los tercios para la Aduana, y conmigo para esta prisión, sin tener el ligero gusto de ver á mi querida esposa, causa inocente de todas mis desgracias.

Dos años hace que habito las mansiones del crimen reputado por uno de tantos delincuentes: dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marqués empeñado en sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasión; porque después que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado á perder demandándome el resto que dice falta á su principal: dos años hace que mi esposa

<sup>1</sup> No siempre la turbación prueba delito. Esta es una prueba muy equívoca; antes el hombre de bien se aturdirá más presto que el pícaro procaz cuando se vea acusado de un delito que no ha cometido. El inmutarse, desfigurarse el semblante y balbucir las palabras, probará terror ó vergüenza, pero no siempre la realidad del delito.



sufre una horrorosa prisión, y dos años hace que yo tolero con resignación su ausencia y los muchos trabajos que no digo; pero Dios, que nunca falta al inocente que de veras confía en su alta Providencia, ha querido darse por satisfecho y enviarme los consuelos á buen tiempo; pues cuando ya los jueces, engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenía comprado con doblones, trataban de confinarme á un presidio, asaltó al marqués la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad, y temiendo el terrible salto que iba á dar al otro mundo, entregó á su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que, después de pedirme un sincero perdón, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me había imputado había sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasión.

De esta carta tengo copia, y se les ha dado á los jueces privadamente, para que no pare en perjuicio del honor del marqués; de manera que de un día á otro espero mi libertad y el resarcimiento de mis intereses perdidos.

Ésta, amigo, es mi trágica aventura. Se la he contado á usted para que no se desconsuele, sino que aprenda á resignarse en los trabajos, seguro de que si está inocente, Dios volverá por su causa.

Aquí llegaba don Antonio, cuando fué preciso separarnos para rezar el rosario y recogernos. Sin embargo, después de cenar y cuando estuvimos más solos le dije lo siguiente:

